

THOREAU
Y LA DESOBEDIENCIA CIVIL



CUADERNOS DE AMÉRICA DEL NORTE

JUAN RAMÓN DE LA FUENTE
Rector

ENRIQUE DEL VAL BLANCO
Secretario general

DANIEL BARRERA PÉREZ
Secretario administrativo

MARI CARMEN SERRA PUCHE
Coordinadora de Humanidades

JOSÉ LUIS VALDÉS UGALDE
Director del CISAN

SILVIA NÚÑEZ GARCÍA
Secretaria académica del CISAN

DIEGO I. BUGEDA BERNAL
Coordinador de Publicaciones del CISAN

ELSIE MONTIEL ZIEGLER
Jefa del Departamento de Ediciones del CISAN

COORDINACIÓN DE HUMANIDADES
UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

HENRY DAVID THOREAU
Y LA DESOBEDIENCIA CIVIL

ROBERT GROSS

PRÓLOGOS DE JEFFERSON T. BROWN,

AMBROSIO VELASCO GÓMEZ

Y JOSÉ LUIS VALDÉS UGALDE



CENTRO DE INVESTIGACIONES SOBRE AMÉRICA DEL NORTE

D.R. © 2005, UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
Primera edición, febrero de 2005
Primera reimpresión, octubre de 2006

CENTRO DE INVESTIGACIONES SOBRE AMÉRICA DEL NORTE
Torre de Humanidades II, 9° y 10° pisos
Ciudad Universitaria, 04510, México, D.F.
Tels.: (5255) 5623-0300 al 09
Fax: (5255) 5623-0014
<http://www.cisan.unam.mx>
cisan@servidor.unam.mx

La traducción al español del texto de Robert Gross es de
Silvia Pasternak y Ana Tamarit

Diseño de la colección: Juan Carlos Mena
Diseño de la portada: Patricia Pérez

ISBN: 970-32-2196-3

Los contenidos son responsabilidad
exclusiva de los autores y no representan
necesariamente los puntos de vista del editor.

Queda prohibida su reproducción total
o parcial, impresa o en cualquier medio electrónico,
sin el permiso por escrito del editor.

Impreso en México/*Printed in Mexico*

ÍNDICE

La Cátedra Henry David Thoreau	7
<i>Jefferson T. Brown</i>	
La fundamentación ética de la política según Henry David Thoreau	9
<i>Ambrosio Velasco Gómez</i>	
Henry David Thoreau, la desobediencia civil y la importancia de los estudios de Estados Unidos . . .	15
<i>José Luis Valdés Ugalde</i>	
Henry David Thoreau y la desobediencia civil . . .	19
<i>Robert Gross</i>	

LA “CÁTEDRA HENRY DAVID THOREAU”

*Jefferson T. Brown**

La Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) y la Embajada de Estados Unidos tienen una larga historia de colaboración concretada a través de una gran diversidad de proyectos, como becas de estudios de posgrado en Estados Unidos y en México, visitas de expertos que participan en conferencias, coloquios y seminarios, exposiciones artísticas, publicaciones conjuntas, estancias académicas para desarrollo curricular y participación sistemática y pertinente en las actividades de programación de interés mutuo.

Ahora, mediante la “Cátedra Henry David Thoreau en Estudios Multidisciplinarios”, formalizamos dicha colaboración invocando el espíritu visionario de Henry David Thoreau. Éste representa un acto importante en términos sustanciales y un símbolo del reconocimiento del respeto mutuo que nos tenemos.

Este compromiso de colaboración tal vez no hubiera sido posible hace algunos años atrás. Sin embargo, en la relación entre nuestras dos naciones hemos vencido el enorme desafío que representaban un sinnúmero de percepciones cargadas de un gran contenido emocional, así como prejuicios y autocensuras que en algún momento nos habían impedido conocer los límites de uno y otro lados de este espectro. Ha habido una historia salpicada de resentimiento y oposición.

Por ello, justamente la educación es tan decisiva, ya que mediante ésta construimos puentes de un entendimiento genuino. Tanto la UNAM como la Embajada de Estados Unidos estamos comprometidos a pasar por alto los sentimientos negativos y a apostar por la educación. Hasta ahora hemos tenido un intercambio de información correcto y respetuoso que nos ha llevado a la creación de una gran diversidad de programas, a fin de conocernos mejor y desarrollar relaciones profesionales a largo plazo; lo que esto refleja es el alto nivel de maduración y la notable convergencia en múltiples sectores que han alcanzado nuestras sociedades.

Habiendo tenido la oportunidad de sentarnos a dialogar y compartir nuestros conocimientos, hoy vemos banderas mexicanas ondear en los centros de investigación científica más importantes de Estados Unidos, al mismo tiempo que tenemos expertos estadounidenses trabajando como investigadores y profesores en la UNAM. Hay innumerables ejemplos de ciudadanos de nuestras dos naciones, mexicanos y estadounidenses, que han cruzado nuestras fronteras, han contribuido al conocimiento mutuo, han compartido intereses y han llegado a acuerdos, independientemente de los tiempos políticos en una y otra nación. Nadie puede negar el extraordinario interés que existe entre nuestros pueblos por conocerse cada vez mejor.

Ahora bien, ¿quién fue Henry David Thoreau? Nació en Concord, Massachusetts, en 1817 —el lugar en donde se inició la Indepen-

dencia de Estados Unidos dos generaciones atrás—. Se considera a Thoreau una de las figuras que más influyó en el pensamiento y la literatura estadounidenses. Actualmente se le recuerda como un filósofo social, escritor de literatura, teórico político y uno de los primeros ambientalistas. El legado multidisciplinario y su creencia en el poder transformador de la búsqueda intelectual liberal son precisamente lo que lo hace un emblema apropiado para establecer esta cátedra en la UNAM.

La obra más famosa de Thoreau, *Walden* (1854), describe en forma elocuente su experimento de vivir solo en medio de la naturaleza; en nuestra época, esta obra se lee no sólo como un tratado ecológico y político, sino como una expresión de la filosofía llamada trascendentalismo.

Thoreau pensaba que la gracia y el espíritu de Dios residían en la naturaleza misma y en cada persona. Estaba convencido de que la intuición individual era la fuente de conocimiento más importante, lo cual enfatiza de manera optimista el papel de las personas, resaltando así la confianza en uno mismo y el rechazo a la autoridad y los dogmas tradicionales. El trascendentalismo buscaba llevar una nueva vitalidad espiritual e intelectual a todas las áreas de la vida estadounidense. Además de su impacto político y social, tuvo una influencia muy fuerte en la literatura de ese país, reflejada no sólo en sus propios escritos y los de su amigo cercano Ralph Waldo Emerson, sino también en autores tan diversos como N. Hawthorne, H. Melville y W. Whitman.

Una de las obras más importantes de Thoreau, el ensayo “Desobediencia civil” (1849), fue producto de una noche en prisión, consecuencia de que se había negado a pagar un impuesto que apoyaba la guerra contra México. Thoreau veía la guerra como un esfuerzo para ampliar la extensión territorial de la esclavitud, a la cual se oponía profundamente. La desobediencia civil, defendida por Thoreau como un medio de protesta pacífico e individual frente a las acciones del gobierno consideradas injustas, ha tenido un impacto muy amplio en el mundo —desde el movimiento independentista de resistencia pasiva liderado por Gandhi en la India, hasta la lucha antisegregacionista en Sudáfrica y el movimiento de los derechos civiles no violento, encabezado por Martin Luther King en Estados Unidos.

“La verdadera amistad puede resistir el conocimiento verdadero. No depende de la oscuridad ni de la ignorancia”. Estas palabras de David Henry Thoreau resumen el espíritu de la cátedra organizada por Estados Unidos y la UNAM.

Nuestras dos naciones han alcanzado un punto de amistad y cooperación que puede “resistir el conocimiento verdadero”, dejando atrás los estereotipos y mitos que han caracterizado por mucho tiempo el discurso entre nuestros dos países.

NOTAS

* Ministro consejero para Asuntos Informativos de la Embajada de Estados Unidos.

LA FUNDAMENTACIÓN ÉTICA DE LA POLÍTICA SEGÚN HENRY DAVID THOREAU

Ambrosio Velasco Gómez*

Aun cuando desde hace años se han llevado a cabo muchas actividades conjuntas entre la UNAM y la Embajada de Estados Unidos, en especial, aunque no exclusivamente en la Facultad de Filosofía y Letras y en el Centro de Investigaciones sobre América del Norte (CISAN), no se contaba con una cátedra extraordinaria como las establecidas con otras embajadas, como las de Alemania, Brasil, Canadá, España, Francia, Gran Bretaña, Italia, Venezuela y Portugal. En este sentido, la creación de la “Cátedra Extraordinaria Henry David Thoreau” representa un justo reconocimiento a la importante actividad de colaboración académica que se desarrolla entre la UNAM y la Embajada de Estados Unidos, así como un fortalecimiento y una más amplia proyección de la colaboración entre aquéllas.

El nombre que lleva la cátedra es un reconocimiento a uno de los humanistas norteamericanos más originales, auténticos e influyentes, quien comprometió su quehacer filosófico y literario con las luchas en favor de la libertad de las personas frente al Estado y el mercado.

Ensayista, poeta y filósofo, Thoreau fue un crítico radical del imperialismo y la esclavitud; defensor de las comunidades indígenas en proceso de desaparición; amante y protector de la naturaleza amenazada por el crecimiento de la industria y el comercio; promotor del derecho que cada individuo tiene de vivir conforme a los dictados de su propia conciencia, aun a riesgo de entrar en conflicto con las leyes y acciones injustas del Estado.

Entre sus obras literarias más importantes destaca *Walden o la vida en los bosques*, que escribió durante su retiro solitario de dos años en una cabaña que él mismo construyó en los bosques cercanos a su natal Concord, Massachusetts y que se publicó hace precisamente 150 años, en 1854. En esta obra, expresa la íntima experiencia de reencontrarse a sí mismo a partir de la convivencia armónica con la naturaleza, lejos del ajetreo enajenante de la vida citadina, del comercio y de la industria.

Y si bien denota una pasión por la autenticidad personal, esto no le lleva a aislarse de los problemas políticos más importantes de su tiempo: la esclavitud, la guerra contra México, la confrontación entre los estados del norte y los del sur y la creciente separación de la maquinaria estatal respecto a la comunidad de ciudadanos; de hecho, los aborda magistralmente en su ensayo “Desobediencia civil” (1849).

La desobediencia civil que propone Thoreau, con base en la objeción de conciencia ante leyes y acciones injustas del gobierno, es esencialmente no violenta e implica la disposición a aceptar el castigo de las leyes del Estado, tal y como fue su experiencia al ser encarcelado durante una noche por negarse a pagar los impuestos que se

recababan para contribuir con la guerra contra México, la cual consideraba injusta.

La responsabilidad ética y política que Thoreau exige de las personas constituye un fuerte cuestionamiento al empobrecimiento del ciudadano en las democracias liberales, cuyas virtudes se han venido opacando desde aquellos tiempos hasta nuestros días. El ciudadano, más que tener la obligación inapelable de obedecer las leyes, tiene el poder de decidir acatarlas o desobedecerlas y resistirse al poder político externo por razones éticas. Pero no se confunda este ejercicio de resistencia con rebeldía ante las leyes, pues el ciudadano que decide desobedecer tiene que estar dispuesto a sufrir el castigo o la pena que corresponde jurídicamente. Al cumplir con la obligación moral de desacatar las leyes cuando hay objeciones de conciencia, se pone en evidencia la ineficiencia del poder injusto, el cual, a pesar de que puede recurrir a la coerción y a la violencia, no logra imponer una determinada forma de comportamiento sobre la persona, con la que ésta mantiene su libertad interna y su autonomía: “El Estado no confronta intencionalmente el sentido intelectual o moral de un hombre; sino solamente su cuerpo, sus sentidos. No está equipado con un testimonio o una honestidad superior, sino simplemente con una fuerza física superior”.¹

Si recordamos la patética descripción que hace Alexis de Tocqueville del modo de operación de las tiranías democráticas contraponiéndola a los groseros despotismos del pasado, se verá con claridad la fuerza y pertinencia de la crítica de Thoreau al poder ideológico de los Estados modernos:

Los príncipes habían, por decirlo así, materializado la violencia; las repúblicas democráticas de nuestros días la han vuelto tan intelectual como a la voluntad humana que quiere sojuzgar. Bajo el gobierno absoluto de uno solo, el despotismo para llegar al alma hería groseramente el cuerpo; y el alma escapando de sus golpes, se elevaba gloriosa por encima de él; pero en las repúblicas democráticas no procede de ese modo la tiranía; deja el cuerpo y va derecho al alma.²

La desobediencia civil evidencia el carácter despótico de todo poder, aun el democrático, que no cuenta con la aceptación explícita, razonada y puntual del ciudadano y, por ello, constituye un arma, o mejor dicho en términos de Luis Villoro,³ un contrapoder muy efectivo.

Se podría pensar que la propuesta de la desobediencia civil conduce a la anarquía. Yo no la considero así, más bien pienso que es una expresión auténticamente republicana en cuanto que prescribe la necesaria coincidencia entre la libertad, la voluntad personal y los mandatos de las leyes. Esta necesaria coincidencia entre las leyes y los valores o principios morales del ciudadano representan una radicalización del republicanismo roussoniano y una proyección política de los imperativos de la ética kantiana. Ser consecuente con los propios

principios morales de comportamiento implica necesariamente desobedecer las leyes que se consideran injustas y contrarias a dichos principios morales:

Si la injusticia es parte de la fricción necesaria del gobierno, déjala pasar, déjala pasar [...] pero si es de tal naturaleza que requiere que tú seas un agente de la injusticia que afecta a otra persona, entonces yo te digo, rompe la ley. Permite que tu vida sea un obstáculo para parar la maquinaria de la injusticia. Lo que tengo que hacer es ver que, bajo ninguna circunstancia me presté a cometer el mal que condeno.⁴

Esta exigencia de desobedecer las leyes civiles en caso de que entren en contradicción con la propia conciencia representa una radicalización del republicanismo kantiano, quien si bien señalaba como un ideal político que las leyes se adecuaran plenamente a las que elaborarían los propios ciudadanos, negaba rotundamente el derecho de desobediencia a las leyes, así como toda resistencia a la autoridad.⁵

La insistencia que hace Thoreau en la fundamentación ética de la política justifica la necesidad de una ciudadanía activa y responsable, enfatiza la exigencia de que todo poder legítimo debe contar con el consentimiento de los gobernados y también muestra la pertinencia del disenso, del pensamiento divergente en toda democracia. La desobediencia civil, lejos de ser una expresión anárquica, constituye un recurso ciudadano para prevenir la degeneración despótica del poder, pues al no acatar los mandatos de leyes o decisiones injustas de una autoridad, el ciudadano busca persuadir al resto de la sociedad civil a resistir y finalmente a revocar esas leyes o decretos que los gobernados juzgan injustos.

Si utilizamos una expresión en boga actualmente, podríamos decir que la desobediencia civil es una forma de “empoderamiento” de los ciudadanos que exige a la autoridad legislar de acuerdo con sus derechos y libertades. La fuerza moral y la eficacia política de la desobediencia civil, tal como la concibió y practicó David Thoreau, fue reconocida y sobre todo utilizada por destacados líderes de movimientos de resistencia no violentos, particularmente por Mahatma Gandhi en la India y Martin Luther King en Estados Unidos. Ambos movimientos, inspirados en gran medida por el pensamiento ético y político de Henry David Thoreau, tuvieron logros tan importantes como conseguir la independencia de la India del imperio británico y oponerse a la discriminación racial en Estados Unidos.

En nuestros días cuando la violencia en su grado extremo de guerra y de terrorismo impera como medio sangriento e ineficaz para resolver conflictos, para imponer despotismos injustos o para oponerse y luchar contra ellos, la figura y el pensamiento de David Thoreau resulta especialmente relevante, no sólo como una crítica ética al poder político realmente existente, sino también como una propuesta política eficaz y no violenta para resistir al poder injusto. Esto lo han

comprendido muy bien los pueblos indígenas de Chiapas que han optado por desobedecer el poder injusto del Estado, inclusive a nivel municipal, erigiendo su propia autoridad y su autonomía a través de las Juntas de Buen Gobierno.⁶ Este sentido de lucha no violenta por la autonomía que han emprendido los pueblos indígenas resulta una expresión de una desobediencia civil colectiva, semejante a la promovida por Thoreau, Gandhi o Luther King.

Así pues, la concepción de la desobediencia civil de David Thoreau tiene un enorme significado en el pensamiento político contemporáneo por varias razones: primero porque representa una concepción de la política desde el punto de vista ciudadano y propone su fortalecimiento —en este sentido, Thoreau aboga por una ciudadanía activa que ejerza control sobre las autoridades—; segundo porque postula una fundamentación ética de la política, devolviendo a la persona su dignidad y autonomía ante el poder; tercero porque se destaca una estrategia cívica, no violenta para resistir y confrontar el poder despótico e injusto, y cuarto porque enfatiza la necesidad del disenso como derecho fundamental de los ciudadanos libres en toda democracia y como recurso de prevención del autoritarismo despótico.

Estos puntos constituyen una crítica republicana a las democracias liberales de nuestros tiempos, en donde la figura del ciudadano activo, reflexivo y responsable se ha eclipsado, donde el poder se ha degradado a relación de fuerza y violencia, donde la ética se ha desvinculado de la política y la sociedad civil del gobierno. En la propuesta de Thoreau, el progreso democrático consiste precisamente en que el gobierno y las leyes respeten la libertad y dignidad de las personas. En la medida que más y más individuos sientan como propias las leyes y ordenanzas, en esa medida el Estado será más libre y democrático.

“Para que un gobierno sea justo, debe tener explícitamente consenso de los gobernados. Ningún gobierno puede tener más derechos sobre mi persona y propiedades, que los que yo mismo le he reconocido”.⁷ Este principio de acercar el gobierno a las opiniones y sentimientos de la ciudadanía coincide con las tesis republicanas de los “antifederalistas” que debatieron con los “federalistas” en torno a la Constitución de Estados Unidos hacia 1786, debate que perdieron los antifederalistas que representaban una visión radical del republicanismo. El triunfo de los federalistas (Hamilton, Jay y Madison) significó la consolidación de un aparato estatal separado y ajeno a los ciudadanos.

Los antifederalistas, al igual que posteriormente lo haría Thoreau, sostenían una visión de la representación política como mandato de los ciudadanos: “El mismo término representante implica que la persona o grupo elegido para este propósito se asemeja a aquellos que lo nombraron. La representación del pueblo de América, si es una representación, debe ser como el pueblo”.⁸

Por el contrario, los federalistas defendían una concepción de las autoridades representativas con gran independencia de los ciudadanos, de tal manera que lo que debía predominar era la discrecionalidad

de los representantes, sin necesidad de tomar en cuenta las opiniones de los gobernados:

Gracias al patriotismo y amor a la justicia de los representantes es menos probable que se sacrifique el verdadero interés del país en aras de consideraciones parciales y temporales [...] La voz pública pronunciada por los representantes del pueblo estará más a tono con el bien público que si fuere pronunciado por el mismo pueblo.⁹

El pensamiento político de Thoreau se orienta fundamentalmente a criticar este aparato estatal que impone su poder sobre la voluntad y la conciencia de los ciudadanos, usurpando sus opiniones y capacidad de juicio y, con ello, amenazando su libertad.

La original y crítica concepción de Thoreau de la política y del Estado coincide también con la visión de otros grandes autores de su tiempo, como Herman Melville, por ejemplo. Recordemos en particular “Bartleby” o “Billy Budd”. Ambas narraciones enfatizan la figura del ciudadano que decide no obedecer o transgredir la ley, consciente de seguir una norma moral interior de mayor jerarquía que las leyes emanadas del poder político.

Tanto Melville como Thoreau nos recuerdan que en general toda persona que toma en serio su autonomía, todo ciudadano que reflexiona éticamente frente al poder al que está obligado a obedecer, pero que escucha prioritariamente a su conciencia y prefiere recibir castigo por desobedecer a la norma injusta que perder su libertad, está en permanente riesgo de confrontar este tipo de dilema que fundamenta el derecho a la desobediencia civil, derecho sin el cual sería imposible el progreso democrático hacia la libertad personal y colectiva.

Con ello, Thoreau promueve incansablemente la necesidad de un fundamento ético y cívico de la vida política, que necesariamente conduce al reconocimiento de la legitimidad del disenso en toda auténtica democracia.

Esperemos que la cátedra que se establece en honor de Henry David Thoreau contribuya al cultivo de las humanidades y las ciencias sociales para un mejor entendimiento de los problemas de nuestras naciones y así mejorar nuestras relaciones con base en los valores de libertad, justicia, tolerancia, pluralismo y autenticidad que identifican al pensamiento de Henry David Thoreau.

NOTAS

- * Director de la Facultad de Filosofía y Letras.
- 1 Henry David Thoreau, "Civil Disobedience", en *Walden and Civil Disobedience* (Nueva York: Airmant Publishing, 1965), 247.
- 2 Alexis de Tocqueville, *La democracia en América* (México: FCE, 1978), 261.
- 3 Cfr. Luis Villoro, *El poder y el valor* (México: FCE, 1999).
- 4 Thoreau, "Civil Disobedience", 242.
- 5 Cfr. Emanuel Kant, *En torno al tópico "Tal vez eso sea correcto en la teoría, pero no sirve para la práctica"* (Madrid: Tecnos, 1986), 38-49.
- 6 Sobre las Juntas de Buen Gobierno en pueblos indígenas de Chiapas, véase Pablo González Casanova, "Los Caracoles Zapatistas: redes de resistencia y autonomía", *Memoria*, no. 177 (noviembre de 2003).
- 7 Thoreau, "Civil Disobedience", 253.
- 8 *The Antifederalist. Writings by the Opponents of the Constitution* (Chicago: The University of Chicago Press, 1985), 235.
- 9 James Madison, "Carta núm. 10", en *The Federalist* (Chicago: The University of Chicago Press-Enciclopedia Británica, 1980), 52.

HENRY DAVID THOREAU, LA DESOBEDIENCIA CIVIL Y LA IMPORTANCIA DE LOS ESTUDIOS DE ESTADOS UNIDOS

*José Luis Valdés Ugalde**

Para la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) y en particular para el Centro de Investigaciones sobre América del Norte (CISAN), que comparte tanto el honor como el esfuerzo académico con la Facultad de Filosofía y Letras (FFYL) es de particular importancia inaugurar esta “Cátedra Extraordinaria de Estudios Multidisciplinarios Henry David Thoreau sobre Estados Unidos” que lleva el nombre de tan destacado pensador estadounidense. Thoreau (1817-1862) nació en Concord, Massachussetts, estudió en Harvard y se relacionó con importantes intelectuales de su época. Reconocido como uno de los pensadores más influyentes en Estados Unidos, Thoreau optó por ir a la cárcel antes que traicionar sus principios (antes que pagar un impuesto que significaba apoyar la guerra contra México). Fue ante todo un pensador liberal consecuente con sus ideas y su defensa de los derechos del individuo como valor último de la democracia. Su crítica al Estado, desde la reflexión filosófica e histórica, se enmarca en un contexto de expansión imperial que le dio la oportunidad histórica de plantearse interrogantes sustantivas acerca de los procesos políticos y la interacción que, como resultado de aquéllos, se da entre la sociedad civil y las instituciones estatales modernas. Thoreau nos ofrece un análisis fundamental sobre el papel que el ciudadano tiene en la constitución de los Estados democráticos. En su obra, “Desobediencia civil”, nos dice:

Pienso que tendríamos que ser ante todo hombres y sólo después súbditos. Lo más deseable de todo no es cultivar el respeto por la ley, sino por la rectitud. La única obligación que tengo derecho a asumir es la de hacer, en todo momento, lo que considero correcto. Se ha dicho con bastante acierto que una corporación no tiene conciencia, pero una corporación de hombres conscientes es una corporación con conciencia.¹

Al contrario de lo que se piensa, Thoreau no fue un impulsor de la destrucción del gobierno. Al respecto nos dijo: “No reclamo la supresión inmediata del gobierno, sino que haya de inmediato un gobierno mejor. Que cada hombre haga la clase de gobierno que le impondría respeto, y eso será ya un paso para conseguirlo”.²

La de Thoreau es una perspectiva humanista de la política, de la filosofía política y de la historia (sus principales obras son *Desobediencia civil*; *Walden o la vida en los bosques*; *Diarios*; *Colores de otoño*).

Su observación acerca de la participación ciudadana en la construcción democrática representa un importante ejemplo de tolerancia y pluralidad política, se trata también de una visión ciudadana de la política, de la historia y de la filosofía.

Esta forma de aproximarse al análisis de la vida política es en sí misma una visión original y necesaria en los convulsos tiempos que vivimos, en los cuales el Estado, obligado a representar el interés general de la sociedad, al mismo tiempo se aleja de ésta. La función pública tanto en un plano interno como internacional suele resultar más ajena aún al interés ciudadano y el consenso democrático se ve afectado marcadamente por las decisiones del poder que, en todo caso, provoca, entre otros fenómenos, la independencia de la acción política de los actores sociales, al margen de la organización estatal.

En esta medida, los actores no gubernamentales tienen un margen de acción cada vez mayor, pero, al carecerse de las mediaciones institucionales necesarias para canalizar la demanda social, su relación con el Estado se vuelve más distante. En este marco, la visión de Thoreau sobre el poder adquiere un interés aún mayor y, por supuesto, vale la pena adentrarnos en la complejidad que su estudio supone.

Es motivo de júbilo para nosotros iniciar una discusión intelectual y académica profunda en el marco de esta cátedra tan largamente esperada como ausente había estado de nuestra actividad en la UNAM. En ella, podremos plantearnos, con la visita de destacados estudiosos estadounidenses, una discusión interdisciplinaria sobre muchos temas que hoy afectan, la vida de las dos américas: América del Norte y América Latina, la América anglosajona y la América hispana; asimismo, nos permitirá desentrañar los varios y complejos misterios de la realidad social, política, económica y cultural de Estados Unidos, ofreciendo una oportunidad universitaria y social para tener una visión de Estados Unidos desde el juicio histórico y no desde el prejuicio histórico, como demandaba en su tiempo don Daniel Cosío Villegas.

Este ejercicio nos llevará, en suma, a pasar del trauma al entendimiento cabal de los grandes temas de la relación binacional y, por tanto, a elevar el nivel del debate, como se lo merecen los diversos problemas que privan en ésta. Hacerlo concertadamente, a través de un intercambio académico, es un gran acierto que permitirá esclarecer los grandes enigmas que privan en el diálogo binacional, así como un conocimiento mayor de nuestras dos culturas, sociedades y naciones. Así, en todas las actividades que promovamos con esta cátedra, podremos coadyuvar, *desde el conocimiento mutuo*, el fortalecimiento de las relaciones bilaterales México-Estados Unidos y lograr que la academia de ambos países rinda un servicio a ambas sociedades.

En este esfuerzo, resulta muy gratificante recibir la contribución magistral del profesor Robert Gross, “Henry David Thoreau y la desobediencia civil”, clase inaugural de la cátedra extraordinaria, que hoy nos ilustra con una serie de reflexiones que indudablemente enriquecerán su inicio, así como la publicación que hoy nos anima. Sirva esta exposición para ofrecer una propuesta de trabajo que nos permitirá iniciar las actividades de esta cátedra en la UNAM.

PLAN DE TRABAJO

La cátedra dará oportunidad de debatir en la UNAM con académicos estadounidenses de proyección universal los grandes temas de nuestro tiempo. De esta manera, se propone, en el marco del programa de trabajo que llevarán a cabo el CISAN y la FFYL, con el apoyo de la Embajada de Estados Unidos, realizar durante los próximos años el acercamiento a los siguientes temas centrales de las relaciones binacionales:

1. La democracia liberal y el problema de las democracias en las Américas: el problema de la gobernabilidad democrática como norma modernizadora.
2. El problema del desarrollo económico sostenible como modelo de progreso.
3. Multiculturalismo e identidad nacional: el problema de la pertenencia ciudadana a los territorios que, de ser receptores de migrantes, se convierten en un espacio nuevo de pertenencia.
4. La migración, sus antecedentes y sus secuelas históricas.
5. Republicanismo *versus* neoimperio y la revisión crítica del legado sociopolítico de los padres fundadores.
6. El problema del occidentalismo *versus* el orientalismo.
7. El federalismo desde una perspectiva comparada.
8. El debate sobre la ciudadanización del Estado y de la política, así como de la estatización de la ciudadanía.
9. El debate sobre el unilateralismo *versus* el multilateralismo: ¿el orden internacional va hacia la justicia o a la repetición de un pasado indeseable? ¿Estamos condenados a repetirnos en la peor parte de nosotros mismos?
10. Soberanía, identidad y globalización: el americanismo a debate.
11. El proceso de integración de América del Norte. En particular el estudio del TLCAN.
12. Derechos humanos y ecología.
13. El problema del racismo como asignatura pendiente de la democracia.
14. Literatura y cultura latina, en especial, la chicana.

Esta magnífica oportunidad de acercamiento a un tema y una realidad fundamental para México es un acierto de nuestra máxima casa

de estudios y de la Embajada de Estados Unidos, el cual apreciamos enormemente. Por todas las razones anteriores, hoy damos a la “Cátedra Extraordinaria Henry David Thoreau”, con sede en la UNAM, la más cálida bienvenida.

NOTAS

* Director del CISAN, UNAM. Correo electrónico: <jlvaldes@servidor.unam.mx>.

¹ Henry D. Thoreau, *Desobediencia civil* (Palma de Mallorca: José J. de Olañeta, 2002), 8.

² *Ibid.*, 7.

Resulta muy apropiado que la cátedra académica que inauguramos hoy, la primera que se establece en una universidad mexicana para llevar a cabo estudios multidisciplinarios sobre Estados Unidos, lleve por nombre Henry David Thoreau, el más famoso estadounidense que se opuso a la guerra entre Estados Unidos y México entre 1846 y 1848. A un año de vivir a las orillas del lago Walden, en las afueras de Concord, Massachusetts, y varios meses después de que comenzaran las hostilidades entre nuestros dos países, Thoreau dio un paso radical al negarse a pagar sus impuestos como forma de protesta contra la guerra. Por aquel acto de conciencia, fue arrestado por el alguacil del pueblo y encerrado en la cárcel local, en donde pasó la noche, tras la cual fue liberado al día siguiente luego de que alguien, probablemente su tía, pagara los impuestos que le correspondían. Thoreau regresó entonces a los bosques de Walden para continuar el experimento de vida independiente en la naturaleza, al que finalmente convertiría en un clásico literario. *Walden*, publicado en 1854, sentó su sólida reputación como escritor. La protesta política lo hizo igualmente famoso. En 1849, Thoreau publicó un recuento de sus acciones contra la guerra en una oscura publicación con el inverosímil nombre de “Tratados estéticos”. Originalmente llamado “Resistencia al gobierno civil”, el ensayo se conoció en todo el mundo como “Desobediencia civil”, título que se le dio en una antología de los escritos de Thoreau publicada en 1866, dos años después de su muerte. “Desobediencia civil” se incorporó a nuestro vocabulario político como una justificación de principios al rechazo consciente a acatar leyes inmorales y dejó huella en la historia por su influencia en los movimientos por el cambio democrático no violento del siglo xx, desde la campaña de Gandhi por la independencia india, hasta el liderazgo de Martin Luther King en la causa de los derechos civiles en Estados Unidos. Anarquistas rusos, miembros de la resistencia danesa en la segunda guerra mundial, los primeros luchadores contra el *apartheid* sudafricano, todos ellos han declarado que Thoreau fue una inspiración. Aquí en México, ha sido proclamado una fuente fundamental en los movimientos no violentos de indígenas que se oponen a las leyes estatales y federales sobre derecho y cultura de tales pueblos. “El fantasma de David Thoreau camina orgullosamente por las regiones indígenas de México”, declaró Luis Hernández Navarro en *La Jornada* el 4 de septiembre de 2001. “Su ejemplo se ha propagado por todos los rincones”.¹

Pese a la reputación que se ha ganado, el acto de desobediencia civil de Thoreau fue enteramente irrelevante para el curso de los sucesos en México, desde la anexión de Texas a Estados Unidos en diciembre de 1844 hasta la culminación con el Tratado de Guadalupe Hidalgo

en febrero de 1848. Aunque ocurrieron poco después de que comenzara el conflicto y mucho antes de las dramáticas victorias de las fuerzas de Estados Unidos en Monterrey y Veracruz, y pese a haber tenido lugar en Nueva Inglaterra —el corazón de la oposición a la agresiva política de la administración de Polk—, las acciones de Thoreau contra la guerra fueron y vinieron sin tener ningún impacto público. El periódico local, el *Freeman* de Concord no comentó nada sobre el arresto, ni tampoco la prensa de Boston, ni siquiera el periódico militante abolicionista *The Liberator*, cuyo editor, William Lloyd Garrison, se apresuró a condenar la guerra como un acto de “agresión, invasión, conquista y rapiña —marcado por la brutalidad, la perfidia y todos los rasgos, de la depravación nacional”. Thoreau no ofreció una explicación pública de su acción hasta finales de enero de 1848, cuando se presentó ante sus vecinos en el ateneo de Concord y dio una charla sobre “Los derechos y obligaciones del individuo en relación con el gobierno”. Hacia entonces, la guerra expiraba y la paz estaba cerca. El Tratado de Guadalupe Hidalgo tenía un año de haberse firmado cuando la conferencia apareció finalmente impresa. Nadie puede acusar a Thoreau de buscar publicidad.²

Curiosamente, una vez que se explicó, Thoreau poco tenía que decir sobre el evento en sí —la guerra entre Estados Unidos y México— que motivó su “Resistencia al gobierno civil”. Los contrarios a la “guerra del señor Polk”, denunciaban habitualmente a la administración por comenzar el conflicto y después mentir acerca de sus causas; el congresista *whig* recientemente electo, Abraham Lincoln, demandó que se informara el “sitio” exacto en donde las tropas mexicanas invadieron el territorio estadounidense y derramaron “sangre estadounidense en suelo estadounidense”. Thoreau se abstuvo de tales preocupaciones. Dio por hecho que los altos funcionarios habían llevado a la nación a una guerra ilegal y antidemocrática. El conflicto era “obra de relativamente pocas personas que se valen del gobierno establecido como de un instrumento, a pesar de que el pueblo no habría autorizado esta medida”. También dejó que otros se preocuparan por la corrupción que provocaría la guerra en el carácter estadounidense. Para Ralph Waldo Emerson, la salvia trascendentalista, la civilización anglosajona, con su irreprimible motivación racial, estaba destinada a esparcirse por todo el continente. Era mucho mejor esperar el triunfo inevitable de la cultura estadounidense que prevalecer por la violencia y arriesgarse a verse contaminado por un pueblo extraño al que consideraba “degradado y corrupto”. Thoreau, en otro tiempo discípulo de Emerson, evitó toda especulación sobre causas y consecuencias. Él mantuvo su atención en el designio esencial de la guerra: expandir el imperio de la esclavitud, “[...] cuando una sexta parte de la población de un país que se ha comprometido a ser refugio de la libertad, está esclavizada y toda una nación es agredida y conquistada injustamente por un ejército extranjero y sometida a la ley marcial —reconvino—, creo que ha llegado el momento para que los hom-

bres honrados se rebelen y se subleven”. Éste era el sentimiento general entre los abolicionistas de Nueva Inglaterra y Thoreau nunca se desvió de esta línea de pensamiento.³

Si la declaración contra la guerra fue tardía, se debió en parte a que fue una idea ulterior. Thoreau había dejado en realidad de pagar sus impuestos en 1842, cuando Texas todavía era una república independiente y la guerra contra México no se veía siquiera en el horizonte, lo había hecho sin fanfarria, retirándole su apoyo a un Estado que consideraba hostil a las libertades individuales. Esta acción expresaba el espíritu militante de anarquismo que flotaba entre los abolicionistas radicales en el área de Boston, quienes negaban el derecho de cualquier institución —Iglesia, Estado o familia— a oprimir al individuo. Prominente entre ellos era el vecino de Thoreau en Concord, el trascendentalista Bronson Alcott, quien participó en la fundación de la *New England Non-Resistance Society*, en 1839. El grupo, dedicado al principio del “amor evangélico”, utilizaba el Sermón en la Montaña como su guía y rechazaba cualquier ejercicio de violencia o fuerza, ya fuera impuesto por el gobierno o cometido por individuos. “Consideren la *Non-Resistance Society* como una afirmación de los derechos de autogobierno —declaró Alcott—. ¿Por qué debería emplear a la Iglesia para que escriba mi credo o a un Estado para que me gobierne? ¿Por qué no escribir mi propio credo? ¿Por qué no gobernarme a mí mismo?”. Con este espíritu, Alcott también dejó de pagar sus impuestos locales, por lo cual fue arrestado por un tiempo breve en 1843 y fue liberado pocas horas después de que su deuda fuera cubierta por un colega del pueblo que intentaba evitar el escándalo público. El episodio fue un ensayo general para el acto de resistencia de Thoreau ante el pago de los impuestos y Alcott muy bien pudo haber sido su modelo. Pero, Thoreau nunca abrazó la causa de la *Non-Resistance*, de hecho, argumentó en su contra en un debate en el ateneo de Concord, con Alcott en el lado opuesto. Lejos de ofrecer la otra mejilla, estaba listo para desafiar a la autoridad cada vez que fuera necesario y buscaba la confrontación. De modo que cuando Samuel Staples, el alguacil del pueblo, finalmente prendió a Thoreau en el verano de 1846 y le demandó el pago de cuatro años de impuestos atrasados, el joven radical provocó una crisis. Staples, un acompañante ocasional de cacería de Thoreau, ofreció prestarle el dinero, si ése era el problema; pero, Thoreau rechazó el ofrecimiento. El alguacil, entonces, le advirtió a su recalcitrante amigo que se arriesgaba a ser arrestado. “Si quieres ahora: éste es tan buen momento como cualquier otro”, fue la respuesta. De haber sido Staples más escrupuloso con sus obligaciones, le hubiera demandado antes al delincuente que pagara sus impuestos y Thoreau podría haber ido a la cárcel en 1844 o 1845, antes de que comenzara la guerra con México.⁴

Incluso los impuestos que se negó a pagar no tenían nada que ver con la esclavitud o la guerra. Se trataba de un impuesto de votación local que se cobraba anualmente a todos los hombres mayores de dieciséis años en cada pueblo de Massachusetts, con el fin de pagar los costos

del gobierno del pueblo, el condado y el estado. En 1840, la cuota era habitualmente de 1.50 dólares, dos o tres días de salario de un trabajador común. Significó un largo y tortuoso razonamiento relacionar este antiguo impuesto, que databa de los puritanos, con el apoyo del gobierno federal o el financiamiento de una guerra “perversa e injusta”. La administración de Polk pagó a sus tropas de voluntarios que iban a México elevando los aranceles sobre los productos importados. Esta razón desconcertó a Ralph Waldo Emerson por el medio de protesta de su joven amigo. “Negarse a pagar los impuestos estatales no es algo tan maligno como muchos otros métodos a tu alcance”, reflexionó Emerson en su diario privado. “El impuesto del estado [de Massachusetts] no paga la guerra contra México; en cambio tu abrigo, tu azúcar, tu diccionario latín/francés/alemán, tu reloj lo hacen”. Si Thoreau realmente tenía intenciones de privar al gobierno de fondos para pelear la guerra, debió haberse abstenido de comprar tales productos.⁵

Difícilmente sorprende que, salvo unos pocos íntimos y un par de espectadores casuales, a nadie le importara señalar la breve confrontación de Thoreau con la ley. En julio de 1846, continuaba soltero, era un graduado de Harvard de 29 años de edad, quien aún debía cumplir las expectativas de su familia y amigos. Tras haber terminado sus estudios en 1837, había dado clases en la escuela, trabajado como tutor privado, colaborado en el negocio de su padre de lápices y realizado diversas tareas en la casa de Ralph Waldo Emerson. Ninguno de estos esfuerzos lo ayudó a avanzar en sus prospectos mundanos. Tampoco hizo progresos significativos en sus ambiciones como escritor. Aunque orgullosamente declaraba que su “profesión” eran las “letras”, había publicado muy poco. Un breve obituario en el periódico local, un informe para el *Liberator* de Garrison sobre el discurso abolicionista que dio Wendell Phillips en el ateneo de Concord, unos pocos ensayos sobre escritores clásicos y orientales en la revista trascendentalista *The Dial* —editada por su mentor Ralph Waldo Emerson— era el cuerpo total de las publicaciones de Thoreau en 1846. La residencia en Walden tenía el objetivo de cambiar todo esto. Constituía el refugio del escritor, donde Thoreau podría cultivar la prosa junto con sus frijoles, mismo que demostró ser impresionantemente productivo, pues dio como resultado un libro, *A Week on the Concord and Merrimack Rivers*, publicado en 1849; el primer borrador de otro, *Walden*, y tanto varios artículos como conferencias. Así, ser arrestado significó a Thoreau quitar tiempo a su trabajo en el escritorio. Para el mundo exterior era un excéntrico perdido que vivía de forma indolente en los bosques. En los registros de impuestos del pueblo, fue sólo uno más entre los muchos jornaleros sin tierra que debían trabajar para otros por su pan diario.⁶

Al vivir “solo, en los bosques, a una milla de cualquier vecino”, disfrutando de la soledad en medio de la naturaleza y absorto en su escritura, Thoreau muy bien podría haber ignorado los tambores de la guerra. Walden le ofrecía un refugio lejos de todas las expectativas

y presiones que limitaban su creatividad. “Yo residía más cerca de esas partes del universo y de aquellas épocas en la historia que más me han atraído —recuerda—. Donde vivía era un lugar tan alejado, como muchas de las regiones que ven los astrónomos durante la noche”. A Thoreau le gustaba simular indiferencia ante los sucesos del momento y menospreciaba el valor de la prensa. “Estoy seguro de que nunca he leído una noticia memorable en un periódico”. “No leáis el *Times* —recomendaba—, leed el *Eternidades*”. Pero era incapaz de seguir su propio consejo. El periódico de su pueblo, el *Freeman*, se mostraba entusiasta en cuanto a la anexión de Texas y, cuando llegó la guerra, llamó a los lectores a agruparse alrededor de las tropas. La voz del partido demócrata local, el *Freeman*, no daba margen para el disenso. Los *whigs* en la oposición, aunque censuraban la guerra, aprobaron los fondos para su apoyo, no fuera a ser que se les acusara de traicionar dañinamente a los soldados estadounidenses. Entonces, como ahora, se acusaba a quienes criticaban la guerra de minar la moral militar. En Concord, la opinión apenas estaba dividida y los votantes favorecían a los demócratas por un pequeño margen. Sam Staples pudo muy bien haberse beneficiado con el arresto de Thoreau; en 1847, el alguacil demócrata ganó fácilmente la elección como representante del pueblo ante la legislatura estatal. En este ambiente proguerra, Thoreau seguramente abandonó toda esperanza en relación con sus vecinos.⁷

¿Pero, qué hacer? Para el abolicionista William Lloyd Garrison, la respuesta era simple: “a toda costa —les aconsejaba a los lectores del *Liberator* a principios de junio de 1846— niéguese a enlistarse, a contribuir, a la ayuda y apoyo para la guerra”. Pero, Thoreau no estaba tan seguro. A mediados de junio, envió una carta anónima al *Courier* de Boston con la firma: H.T., en la cual objetaba el apoyo del periódico *whig* a la guerra. La conducta del gobierno “perversa e injusta”, declaraba, ponía al “hombre honesto” en un aprieto: “Si la ley nacional me obliga a hacer lo que mi conciencia me prohíbe, ¿no debe tener primacía mi conciencia?”. En este “conflicto de leyes”, Thoreau rápidamente optó por su conciencia. Pero las implicaciones prácticas de esta elección permanecieron inciertas. De ninguna manera “marcharía como voluntario a la guerra” o “prestaría servicio si lo reclutaban”, pero pagar los impuestos era otro asunto. Seis semanas antes de su “resistencia al gobierno civil” en Concord, Thoreau estaba dispuesto a “someterse, obedeciendo las leyes, a la recaudación del dinero para apoyar la guerra”. ¿Qué lo hizo cambiar de opinión? La influencia decisiva —yo sugiero— fue el poderoso discurso contra la guerra que pronunció Ralph Waldo Emerson el 4 de julio de 1846, en el cual lamentaba la “falta de acción y la apatía” de los ciudadanos de Massachusetts opuestos a la guerra, quienes no hacían nada para detenerla, asunto respecto al que Emerson enjuició los motivos de los ricos y respetables. Los pusilánimes comerciantes y banqueros *whigs*, temerosos de alejar a sus clientes sureños, ponían las ganan-

cias por encima de los principios; y otros ciudadanos se mostraban renuentes a dejar a un lado la propiedad por la defensa franca de la moralidad. “Las personas son respetuosas, no de lo esencial, sino de la ley exterior, el decoro, la rutina y las normas oficiales”. La única esperanza descansa en el ejemplo de los abolicionistas: “esta ferviente, abnegada escuela de amor y acción”, listos para ser mártires de una causa sagrada. Publicado en el *National Anti-Slavery Standard* el 16 de julio de 1846, este discurso llegó al ánimo perturbado de Thoreau. En respuesta al llamado de Emerson, Thoreau superó sus dudas e hizo un acto de conciencia. Irónicamente, su mentor lo desaprobó, llamando al acto de negarse a pagar los impuestos “bajo, resentido y de mal gusto”. Según el juicio de Emerson, que los abolicionistas, “emocionales parcialistas”, obsesionados con “unos pocos agravios particulares” se resistieran a pagar los impuestos era apropiado; pero no que lo hiciera su discípulo Thoreau, cuya atención debía centrarse en preocupaciones más amplias. “Tu verdadera batalla —opinaba Emerson— es con el estado del hombre”.⁸

La coincidencia y el propósito, entonces, llegaron al mismo tiempo para lanzar a Thoreau a la acción radical. El “eremita de Walden” utilizó su encuentro casual con Sam Staples para provocar una confrontación que dramatizaría su hostilidad contra un Estado que cometía crímenes contra la humanidad. No importaba que los impuestos de votación no fueran procedentes para sus fines. La demanda de Staples de que pagara los impuestos atrasados le dio un pretexto a Thoreau para hacer una protesta simbólica contra un gobierno nacional al que no podía afectar. Su objetivo real eran sus vecinos, cuyas convicciones políticas sí podía afectar a través de su ejemplo de sacrificio en defensa de la conciencia. De seguro, Thoreau era todavía un anarquista radical, para quien la coerción del gobierno, y no sólo la guerra contra México, seguía siendo el tema fundamental. Poco después de salir de la cárcel, Thoreau señaló que “el único bandolero que me he encontrado en mi vida ha sido el Estado mismo; cuando me he negado a pagar los impuestos que me demandaba para una protección que no quería, me ha robado; cuando he ejercido la libertad que él mismo declaraba, me ha encarcelado”. Pero mantuvo esas opiniones para sí en su diario. En cualquier caso, su tía le malogró tal movimiento al pagar los impuestos y él se vio obligado a regresar a Walden habiendo perdido la posibilidad de influir aunque fuera en su viejo amigo Staples, quien, por su misma naturaleza, rápidamente se convirtió en un instrumento del Estado. “El encarcelador o alguacil, como un mero hombre y vecino [...] podría ser un hombre justo y valioso con entendimiento —se lamentó Thoreau—, pero, como funcionario y herramienta del Estado, no tiene más entendimiento o corazón que su llave de prisión o su macana”. En consecuencia, Thoreau esperó una mejor oportunidad y pospuso una explicación pública de su protesta hasta después de haber completado su residencia en los bosques y regresado a la civilización.⁹

La espera se vio recompensada. Thoreau transformó su gesto simbólico de oposición a la guerra en una declaración personal de independencia. Al rechazar las pretensiones del Estado, defendió la soberanía del individuo, “el poder más alto e independiente”, del que se desprende “todo el poder y la autoridad” del gobierno. Thoreau se envolvió en el manto de los hombres que habían hecho “la revolución de 1775”, los milicianos de Concord que se habían enfrentado a la invasión de las tropas británicas en el Old North Bridge el 19 de abril de 1775, y encendido la independencia estadounidense. “Resistencia al gobierno civil” revalidó ese momento y ejerció su principio guía: “el derecho a la revolución; esto es, el derecho a rechazar la fidelidad y resistir al gobierno, cuando su tiranía o su ineficiencia son tan grandes e insoportables”. Ésta fue la revolución original de Thomas Jefferson y Thomas Paine. Enfrentado por una demanda injusta de los poderes gobernantes, Thoreau decidió “negar su fidelidad al Estado, para retirarse y apartarse de él”. Aunque no tomó las armas, estaba comprometido, como sus antecesores revolucionarios, en una activa resistencia a la opresión: “A mi modo, en silencio, le declaro la guerra al Estado [...]”.¹⁰

Con todo, Thoreau tomó la tradición revolucionaria y la utilizó para propósitos individualistas que los fundadores de la república hubieran aborrecido. “Amo a la humanidad —se burlaba luego de su arresto—, odio las instituciones de sus padres”. Leal a su palabra, invocó su versión de 1776 para repudiar el legado de la generación revolucionaria. Asimismo, se mostraba despectivo ante el panorama contemporáneo y hallaba faltas virtualmente en todos a su alrededor. En su juicio condenatorio, las instituciones características de Estados Unidos de mediados del siglo XIX traicionaban el espíritu auténtico de la Revolución. No es sorprendente que este ataque generalizado a la sociedad estadounidense no le cayera bien a los patriotas convencionales. Luego de que se publicara “Resistencia al gobierno civil” en 1849, un periódico bostoniano la descalificó llamándola “enloquecida”, mientras que el *Courier* de Boston, al que Thoreau había enviado su carta anónima sobre el “Conflicto de leyes”, se negó a tomarlo seriamente. Los editores ofrecieron “una plegaria para que con el tiempo se volviera una mejor persona”. Si no, “déjenlo hacer un viaje a Francia para profesar su doctrina” de resistencia a los “republicanos rojos”. Otros pocos se negaron a hacer comentarios.

El ensayo tuvo que esperar hasta el siglo XX para encontrar una audiencia que lo apreciara. Aun así, “La desobediencia civil” postula una corriente individualista radical del pensamiento americano que floreció entre los trascendentalistas y abolicionistas en las tres décadas anteriores a la Guerra Civil y que ocupa un lugar decisivo en nuestra herencia intelectual de aquella época —sin importar el desprecio de Thoreau por las ideas y las tradiciones heredadas.¹¹

¿Qué desató la furia de Thoreau? Cuando el aristócrata liberal francés Alexis de Tocqueville visitó Estados Unidos en 1831, se plan-

teó identificar las prácticas e instituciones claves en el corazón de la república estadounidense. Dos ámbitos se erigían ante su vista. El primero era el de las políticas, el foro de autogobierno popular, del cual Estados Unidos era ejemplo en el mundo occidental de la época. La democracia en América, descubrió, se fundaba sobre el compromiso activo de los ciudadanos en los asuntos del gobierno en todos sus niveles. “El pueblo era [...] el que realmente dirigía el poder; y aunque la forma de gobierno es representativa, es evidente que las opiniones, los prejuicios, los intereses, e incluso las pasiones de la gente no tienen obstáculos permanentes para ejercer una influencia constante en la conducta diaria de los asuntos [...]”. Complementando el ámbito de las políticas, como extensión del poder del pueblo, estaba la segunda esfera, la asociación voluntaria, que agrupaba a individuos privados en un sinnúmero de organizaciones formadas para el beneficio mutuo. “Estadunidenses de todas las edades, todas las condiciones y todas las disposiciones constantemente forman asociaciones”, observaba Tocqueville. “La sociedad más democrática sobre la faz de la tierra es aquella en donde los hombres, en nuestro tiempo, han llevado hasta la máxima perfección el arte de perseguir en común el objetivo de sus deseos comunes y han aplicado esta nueva ciencia al mayor número de propósitos posibles”. Tocqueville estudió estas instituciones gemelas y alertó en contra de la potencial “tiranía de la mayoría”, preocupado por los efectos de nivelación de la excesiva igualdad y equilibrando su crítica con el elogio al amor de los estadounidenses a la libertad y la independencia.¹²

Henry David Thoreau, quien alcanzó la mayoría de edad entre los años veinte y los treinta del siglo XIX, observaba la misma sociedad que veía Tocqueville —o más precisamente, su pequeño rincón de Nueva Inglaterra— e identificaba las mismas instituciones características. Pero, a diferencia del francés, el yanqui quedó apabullado por lo que vio y, en “Desobediencia civil”, dio rienda suelta a ese disgusto. Consideren su reacción a la masa de políticas democráticas de la era jacksoniana, con su furiosa competencia de partidos y su panoplia de técnicas —juntas de partido, convenciones, periódicos, discursos, desfiles, banquetes— diseñadas para elevar el entusiasmo de la gente y atraer sus votos. Éste era un sistema planeado en términos generales solamente para hombres blancos; en los treinta y los cuarenta, llegó a contener a la amplia mayoría, aun cuando excluyó a los negros en la mayor parte de los estados (aunque no en el Concord de Thoreau, en donde un puñado de afroamericanos votaron). Pero, no era el racismo de la política estadounidense lo que molestaba a Thoreau; si no que concentraba su desprecio en los políticos de su tiempo, cuyas palabras baratas y disputas mezquinas consideraba irrelevantes para las empresas importantes de la vida.

He oído decir que se va a celebrar una convención en Baltimore o en algún otro sitio para la selección del candidato a la presidencia y que

está formada fundamentalmente por directores de periódicos y políticos profesionales, y yo me pregunto: ¿qué importarle al hombre independiente, inteligente y respetable la decisión que tomen [...]?

Su opinión del Congreso de Estados Unidos no era mejor. “Si nos dejáramos guiar por la ingeniosa verborrea de los legisladores del Congreso, sin que la oportuna experiencia del pueblo y sus protestas concretas les corrigieran, América pronto dejaría de conservar su rango entre las naciones”. Ese juicio seguramente coincide con el de muchos de los ciudadanos estadounidenses actualmente.¹³

Detrás de estas reflexiones mordaces yace un descontento radical con la democracia popular, tal como se practicaba incluso en los pueblos pequeños de Nueva Inglaterra en la década de los cuarenta. Thoreau desdeñaba los ejercicios ordinarios de acción política que llevaban a cabo sus contemporáneos. A finales de 1830, cuando alcanzaba la edad adulta, tuvo el impulso reformador, inspirando a miles de ciudadanos comunes —tanto hombres como mujeres— a unirse en peticiones masivas a sus legisladores estatales y al Congreso. El pueblo reclamaba a sus representantes que proscribieran la venta de licores fuertes, que prohibieran el envío de correos en Sabbath, que detuvieran el traslado forzado de los indios cherokees de Georgia y que tomaran medidas enérgicas para contener la expansión de la esclavitud. La familia Thoreau emprendió la campaña en defensa de los desposeídos, como hicieron los Emerson. Difícilmente circulaba una petición contra la esclavitud en Concord sin que tuviera las firmas de los padres de Henry, sus tías, su hermano mayor, sus dos hermanas. Durante un tiempo, él se alineó con ellos; en 1837, a los veinte años “D.H. Thoreau” —él aún no había demandado ser conocido como “Henry David”— se unió con otros 127 hombres, incluyendo a su padre y a su hermano John, para oponerse a la anexión de Texas. También firmó peticiones llamando al Congreso a terminar con la esclavitud y el comercio de esclavos en el Distrito de Columbia y a impedir la admisión de Florida dentro de la Unión como un estado esclavo. Sin embargo, después de 1840, su nombre desapareció de las listas y permaneció en silencio, incluso en 1845 cuando se instrumentó una nueva campaña para oponerse a la anexión de Texas —un movimiento liderado por sus tías entre las mujeres de Concord y apoyado por sus hermanas y su padre—. Debido a todo su odio a la esclavitud, Thoreau estaba determinado a seguir solo. “No es mi tarea —le decía a sus lectores— hacer peticiones al gobernador o a la legislatura más de lo que es la suya pedirme algo a mí; y si ellos no van a oír mis peticiones ¿por qué oíría yo la de ellos?”¹⁴

Sus contemporáneos hubieran dicho: vote para quitarlos de sus puestos gubernamentales, pero Thoreau no escuchaba. Junto con Garrison y otros abolicionistas radicales declinó participar en un sistema político lleno de errores que se basaba en la fuerza y en la esclavitud. Además, Thoreau tenía otras objeciones. “Las votaciones son

una especie de juego, como las damas o el backgammon —sostenía— que incluyesen un suave tinte moral, un jugar con lo justo y lo injusto, con cuestiones morales, y desde luego incluye apuestas”. ¿Cómo podía alguien dejar las elecciones morales al azar? Estar en lo correcto o errado no es simplemente una cuestión de opinión, se tiene que estar inscrito en las boletas electorales para producir un resultado. Pero, “Incluso votar *por lo justo* es no hacer nada por ello. Es tan sólo expresar débilmente el deseo de que la justicia debiera prevalecer”. No significa que los políticos americanos no hayan permitido una elección honesta. En el sistema de partidos jacksoniano, como Thoreau lo veía, votar se reducía a una decisión simbólica entre alternativas cuidadosamente circunscritas por los “demagogos” políticos desde el inicio. Muchos historiadores del periodo estarían de acuerdo. Con todo, incluso si las elecciones ofrecieran opciones claras y definidas sobre cuestiones morales, Thoreau no podría evadir el principio de la regla de la mayoría. En la política estadounidense, las decisiones se toman de acuerdo con una regla matemática: quienquiera que obtiene un voto más que sus rivales, gana. Para Thoreau, esta lógica cuantitativa era un anatema. En vez de esperar obtener una “mayoría de uno”, los hombres de conciencia deberían confiar en sus convicciones. “Yo creo que ya es suficiente si tienen a Dios de su lado [...] cualquier hombre más justo que sus vecinos, ya constituye una mayoría de uno”.¹⁵

Para los vicios de la vida estadounidense, los reformistas morales prescribían un sinnúmero de remedios, pero, según la despiadada visión de Thoreau, ellos eran parte del problema, no la solución. En *Walden*, realiza un retrato mordaz de los “filántropos”, quienes proyectan su desesperación personal en toda la sociedad y luego organizan una sociedad reformada para liberarla. “Si algo hiere a un hombre, de modo que no puede desempeñar sus funciones [...] inmediatamente se aplica a reformar el mundo”. No obstante, el vehículo característico de la reforma, la asociación benevolente operaba sobre premisas frágiles. La sociedad de la abstinencia argumentaba peticiones a favor de la renuncia a la bebida; las sociedades del versículo y la Biblia recolectaban dinero para distribuir en obras piadosas entre los pobres; la sociedad antiesclavista reunían firmas: cada una tenía su causa exclusiva que perseguía con incansable celo. “Hay miles tronchando las ramas del mal en comparación con uno que golpea las raíces [...]”. El daño resultante de esta estrategia “parcial” era evidente en la poca efectividad de los abolicionistas en cuanto a desafiar la guerra contra México. Thoreau repitió la queja de Emerson: las fuerzas antiesclavistas eran puras palabras y nada de acción. Los partidarios de Garrison audazmente anunciaron que no había “ninguna unión con los esclavistas”, pero, en lugar de ocuparse en peticiones inútiles para romper la Unión, “¿Por qué no la disuelven ellos mismos [la unión entre ellos y el Estado] y se niegan a pagar su cuota al tesoro?”.¹⁶

La nueva sociedad de masas que tomaba forma en 1840 estaba construida sobre números. “Los hombres ya no cuentan”, advirtió Ralph Waldo Emerson en “The American Scholar”, en 1837. “Los hombres en la historia, los hombres en el mundo de hoy son bacterias, son hongos y se les llama «la masa» y el «rebaño»”. Construidos como unidades en la masa, los individuos sirven como materia prima para las empresas de gran escala de la época: las fábricas textiles, las plantaciones de esclavos, los partidos políticos, el imperio benevolente. La suma de números —votos, firmas, dólares— para obtener fines especializados: éste fue el principio de operación que detectó Thoreau en Estados Unidos de mediados de siglo y, en “Resistencia al gobierno civil”, rechazó esta mentalidad cuantitativa. “Nuestras estadísticas son falsas. La población está inflada. ¿Cuántos *hombres* hay en este país por cada 250 000 hectáreas? Apenas uno”.¹⁷

Si Thoreau estaba impaciente con los reformistas, no tenía ninguna simpatía con los conservadores, especialmente con los políticos y votantes *whig* cuya oposición a la guerra era totalmente retórica. “Hay miles que *en opinión* se oponen a la esclavitud y a la guerra —observaba—, pero todavía no hacen nada de hecho para ponerle fin [...] Dudan, se arrepienten y a veces solicitan algo; pero no hacen nada en serio que tenga consecuencias”. Algunos temen actuar motivados por una lealtad mal entendida al gobierno estadounidense, al cual le brindan una fidelidad errada producto del hábito. “Este gobierno estadounidense, ¿qué es sino una tradición, aunque reciente, dedicada a transmitir una prosperidad sin par, pero que pierde a cada instante algo de su integridad?”. Otros cuidadosamente calcularon su propio interés, juzgando las políticas públicas según sus libretas de cuentas. Tales eran los “cientos de miles de comerciantes y granjeros” en Massachusetts “quienes se interesan más en el comercio y la agricultura que en la humanidad, y no están preparados para hacerle justicia al esclavo y a México, *cueste lo que cueste*”. En Massachusetts, se encontró en el senador Daniel Webster —el contendiente permanente para la nominación presidencial *whig*— al perfecto vocero, quien puso un intelecto altísimo al servicio de intereses creados. Webster siguió la regla de “política y oportunidad”, se acercó a todos los asuntos con un cálculo utilitario, sopesando cuidadosamente los costos y beneficios de las decisiones, incluso en materias de principio. Conocido como el Defensor de la Constitución, el cauto abogado y hombre de Estado estaba consagrado a “los hombres del ‘87”, quienes se habían reunido en California en 1787 para redactar el acuerdo del gobierno nacional. Si los que concibieron la Constitución hicieron un trato inmoral con los esclavistas para asegurar sus fines, que así sea; el senador de Massachusetts nunca cuestionaría sus decisiones. Su misión era sostener las instituciones existentes. Pero, para Thoreau, los verdaderos padres fundadores eran los valientes hombres de 1775 que habían enfrentado a los soldados ingleses en el North Bridge y lanzado una revolución.¹⁸

Pese a toda su admiración por la “Revolución del ‘75”, Thoreau en realidad se había apartado mucho de los milicianos de la guerra de Independencia y de su mundo. Los colonizadores de Nueva Inglaterra que se levantaron en armas contra Inglaterra el famoso 19 de abril de 1775 defendían una sociedad comunal cuyos ideales eran antitéticos con los de Thoreau. Ellos peleaban para preservar instituciones antiguas establecidas por los padres puritanos, cuyos “valiosos ancestros” se habían refugiado de la tiranía inglesa en el “páramo americano” y construido una forma de vida de autogobierno alrededor del pueblo, la iglesia, la milicia, las escuelas y la familia. Esta comunidad corporativa estaba conformada, con base en rangos y órdenes, en una jerarquía bien ordenada. Así como la tierra “tiene montañas y planicies, sierras y valles”, los colonos de Nueva Inglaterra creían que “había distinciones de superioridad e inferioridad, gobernantes y gobernados, órdenes de hombres públicos y privados [...]”. En esta sociedad patriarcal, se esperaba que los hijos y las hijas siguieran fielmente las sendas de sus padres y madres, con cada generación reemplazando a la anterior en la tierra. El ideal dominante era “vive estrechamente” entre tu clan y los vecinos, quienes se reúnen en el templo cada domingo para rezar juntos bajo la dirección de un ministro, a quien sostienen sus impuestos. Este detallado plan de organización comunitaria nunca se realizó completamente, ciertamente no en Concord, que durante más de dos siglos desde su fundación en 1635 sentía la fuerza de los dinámicos cambios sociales y había evolucionado hacia formas más diversas y fluidas. De todas maneras, la herencia intelectual de los puritanos, aunque atenuada, persistía en la época de Thoreau. “¿Quién podría vivir solo e independiente?”, preguntó una vez a su congregación el reverendo Ezra Ripley, ministro de Concord durante seis décadas entre 1778 y 1841, “¿Quién, salvo algún disgustado eremita o fanático medio loco le diría a la sociedad: no tengo necesidad de ustedes, no tengo ningún deber para con mis compañeros hombres?”.¹⁹

El reverendo Ripley, el abuelo adoptivo de Ralph Waldo Emerson, nunca previó a los trascendentalistas y su mundo. El infante que bautizó como “David Henry Thoreau”, que creció bajo su prédica, “cortó relaciones” con la iglesia de Ripley una vez que llegó a la mayoría de edad. “Sepan todos, por la presente —declaró ceremoniosamente—, que yo, Henry Thoreau, no deseo ser considerado miembro de ninguna sociedad legalmente constituida en la que no me haya inscrito personalmente”. El joven se vanagloriaba de su independencia de casi todas las instituciones, como valientemente afirmó en “Resistencia al gobierno civil”. “Yo no soy responsable del buen funcionamiento de la máquina de la sociedad. No soy el hijo del maquinista”. En efecto, recomendaba su forma de vida autosuficiente en *Walden* como el mejor medio para preservar la integridad individual. ¿Cómo podría el hombre acaudalado ejercer su independencia moral? “[...] Los ricos [...] están siempre vendidos a la institución que

les hace ricos. Hablando en términos absolutos, a mayor riqueza, menos virtud [...]”. Para los hombres de Estado del siglo XVIII que crearon la república estadounidense, la posesión de propiedad era el baluarte de la responsabilidad cívica. Thoreau volteó la ecuación. Desde su perspectiva, cuanto menos bienes, mayor independencia. “Uno debe emplearse o guarecerse en algún lado y sembrar no más de una pequeña parcela de maíz y comérsela pronto. Uno debe vivir consigo mismo y depender de sí [...] no tener demasiadas cosas”.²⁰

¿Qué obligación, entonces, tenía con la sociedad? “Cada hombre en una república —insistía el prominente revolucionario de Filadelfia, Benjamín Rush, en 1787— es propiedad pública. Su tiempo y su talento: su juventud, su madurez, su vejez, su vida, todo pertenece a su país”. Nada podía estar más lejos del pensamiento de Thoreau. Aun cuando fue a prisión para protestar contra la esclavitud y la guerra, rechazó toda responsabilidad de hacer algo. “[...] no es un deber del hombre dedicarse a la erradicación del mal, por monstruoso que sea. Puede tener, como le es lícito, otros asuntos entre manos”. La desobediencia civil tenía una justificación diferente. Thoreau reivindicaba el principio de la obligación negativa: él *no* sería cómplice, directa o indirectamente, de la injusticia ejercida sobre otros, ni siquiera si el Estado lo llamaba a hacerlo. “Si yo me entrego a otros fines y consideraciones, antes de dedicarme a ellos, debo, como mínimo, asegurarme de que no estoy pisando a otro hombre”. Ésta era la medida de su responsabilidad social. En la imagen moral de Thoreau, cada individuo era un ser soberano, libre e independiente, así como respetuoso de las fronteras entre él y los otros.²¹

Sin embargo, esa línea no era tan firme después de todo. En “Resistencia al gobierno civil”, Thoreau socavó su principio de obligación negativa con una afirmación de deber positivo. “Bajo un gobierno que encarcela a alguien injustamente, el lugar que debe ocupar el justo es también la prisión”. Aquí, la retórica de Thoreau va más allá del cálculo moral que se había impuesto como regla: ¿estás pisando a alguien más? Él abre un camino para la expresión de la solidaridad social. Cuando un hombre de conciencia es honesto con sus principios y se rehúsa a ser “el agente de la injusticia hacia otro” se va a encontrar en una sociedad selecta de almas heroicas, cuyos cuerpos pueden estar confinados detrás de los barrotes, pero cuyos espíritus son libres. Tales individuos constituyen una “minoría sabia” en la sociedad y deberían ser apreciados. “[...] los héroes, los patriotas, los mártires, los reformadores en un sentido amplio y los *hombres* sirven al Estado además con sus conciencias y, por tanto, las más de las veces se enfrentan a él y, a menudo, se les trata como enemigos”. Al sacrificarse por lo justo, se convierten en desinteresados sirvientes del bien común como cualquier republicano del siglo XVIII. Es tiempo de reconocer su virtud. “¿Por qué tenemos siempre que crucificar a Cristo [se refiere al gobierno] y excomulgar a Copérnico y a Lutero y declarar rebeldes a Washington y Franklin?”. Al negarse a pagar sus

impuestos e ir a la cárcel durante una noche, Thoreau se unía a esa exaltada compañía. Y lo hizo por sus vecinos.²²

Y así resultó que el quijotesco acto de desobediencia civil de Thoreau —rechazar un impuesto que no afectaba a la guerra y negarse a dar una explicación de su acto de protesta hasta que la guerra hubiera terminando— finalmente lo llevó de regreso a la comunidad que con tanta frecuencia había censurado. En su deseo de sacrificarse por un principio y el bien común, al imaginarse a sí mismo como Cristo crucificado, estaba siendo el hijo leal de los puritanos y un fiel guardián de la “revolución de 1775”. Los términos de su inconformidad fueron sentados por el mundo que había heredado: la comunidad interdependiente de Concord y Nueva Inglaterra. Thoreau estaba encerrado en una oposición a una cultura con la que se encontraba estrechamente unido. “Primero vi la luz en el tranquilo pueblo de Concord, de memoria revolucionaria [...]”, escribió una vez en un ensayo autobiográfico para sus compañeros de clase en Harvard. “Siempre estaré orgulloso del lugar donde nací —que nunca tenga motivos para avergonzarse de sus hijos—. Si te olvido, oh Concord, deja que mi mano derecha olvide su destreza”.²³

¿Y qué lecciones hay para el resto de nosotros, que vivimos más allá del Concord de Thoreau, en la sociedad interdependiente global del siglo XXI? Éstas yacen en la fusión inesperada de corrientes aparentemente antitéticas en “Resistencia al gobierno civil”: la estridente voz libertaria rechazando todas las instituciones coercitivas, la tenaz insistencia moralista de servir a la sociedad a través de un acto de conciencia. En nuestro tiempo, muchos en Estados Unidos —y espero que también en México— han heredado el desdén de Thoreau por la política, su disgusto por hacer dinero como un fin en sí mismo, su insistencia en el individuo como la unidad básica del orden social. Lo que se ha perdido en estos días es el aprecio de los muchos hilos que nos unen a todos. En el curso de su vida, Thoreau descubrió una y otra vez que la acción guiada por principios constituía un imperativo para evitar “pisar a otro hombre”.

La acción que surge de los principios, de la percepción y la realización de lo justo, cambia las cosas y las relaciones [escribió en “Resistencia al gobierno civil”], es esencialmente revolucionaria y no está del todo de acuerdo con el pasado. No sólo divide Estados e Iglesias, divide familias e incluso divide al *individuo*, separando en él lo diabólico de lo divino.

Paradójicamente, tal acción, la fundación de la desobediencia civil, también vincula al individuo más estrechamente con los otros. Ser fiel a esta ética seguramente es un acto tan revolucionario actualmente, como lo era en la época de Thoreau.²⁴

NOTAS

* Clase inaugural de la “Cátedra de Estudios Multidisciplinarios Henry David Thoreau”.

** Professor of History and American Studies, The College of William and Mary. Correo electrónico: <ragros@wrn.edu>.

¹ Daniel Walker Howe, *Henry David Thoreau on the Duty of Civil Disobedience: An Inaugural Lecture Delivered before the University of Oxford on 21 May 1990* (Oxford: Clarendon Press, 1990), 1-2; Henry D. Thoreau, “Resistance to Civil Government”, en Thoreau, *Reform Papers*, ed. de Wendell Glick (Princeton: Princeton University Press, 1973), 63-90 [aunque se conserva la referencia del texto en inglés utilizada por el autor, para la traducción de las citas se utilizó la edición en español siguiente que se consignará entre corchetes: Henry David Thoreau, “Desobediencia civil”, en *Desobediencia civil y otros escritos*, est. prelim. y notas de Juan José Coy, trad. de Ma. Eugenia Díaz (Madrid: Tecnos, 1999)]; Glick, “Resistance to Civil Government: Textual Introduction”, 313-321; Luis Hernández Navarro, “La sombra de Thoreau”, en *La Jornada*, 4 de septiembre de 2001, disponible en <<http://www.eco.utexas.edu/~archive/chiapas95/2001.09/msg00157.html>>.

² Walter Harding y Michael Meyer, *The New Thoreau Handbook* (Nueva York: New York University Press, 1980), 40-42; Garrison, *The Liberator* XVI, 22 de mayo de 1846, citado en Robert W. Johannsen, *To the Halls of Montezumas: The Mexican War in the American Imagination* (Nueva York: Oxford University Press, 1985), 275; Howe, *Henry David Thoreau...*, 9-10.

³ Richard N. Current, *The Lincoln Nobody Knows* (Nueva York: Hill & Wang, 1963), 189-190; Thoreau, “Resistance to Civil Government”, 63, 67 [Thoreau, “Desobediencia civil”, 30 y 34]; Johannsen, *To the Halls of Montezumas...*, 277-278.

⁴ Lewis Perry, *Radical Abolitionism: Anarchy and the Government of God in Antislavery Thought* (Knoxville: University of Tennessee Press, 1995), 83-84 [publicado originalmente en Ithaca: Cornell University Press, 1973]; Valerie H. Ziegler, *The Advocates of Peace in Antebellum America* (Bloomington: Indiana University Press, 1992), 56-87; Leon H. Lee, “The Historical and Literary Context of Henry David Thoreau’s «Civil Disobedience»” (tesis doctoral, Middle Tennessee State University, 1990), 28-40; John C. Broderick, “Thoreau, Alcott, and the Poll Tax”, *Studies in Philology* 53 (1952): 612-626; Walter Harding, *The Days of Henry Thoreau: A Biography*, rev. ed. (Nueva York: Dover Publications, 1982), 199-205.

⁵ Broderick, “Emerson, Alcott, and the Poll Tax”, 613-615; William H. Gilman et al., eds., *The Journals and Manuscript Notebooks of Ralph Waldo Emerson*, 16 vols. (Cambridge, Mass.: Belknap Press of Harvard University Press, 1960-1982), IX: 445-447.

⁶ Robert A. Gross, “«That Terrible Thoreau»: Concord and Its Hermit”, en William E. Cain, ed., *A Historical Guide to Henry David Thoreau* (Nueva York: Oxford University Press, 2000), 182-183, 193, 199-200; Harding, *Days of Henry Thoreau...*, 205-206.

⁷ Henry D. Thoreau, *The Illustrated Walden*, ed. de J. Lyndon Shanley (Princeton: Princeton University Press, 1973), 3, 87-88, 94; Henry David Thoreau, “Life without Principle”, en Thoreau, *Reform Papers*, 173; *Concord Freeman*, 3 de enero y 16 de marzo de 1845 [Thoreau, “La vida sin principio”, en *Desobediencia civil*, 23]; Johannsen, *To the Halls of Montezumas...*, 276-277. Tanto en 1844 como en 1846, la mayoría de los ciudadanos de Concord votaron contra la corriente en el condado de Middlesex, optando

por el candidato demócrata perdedor para el escaño del distrito en el Congreso. Incluso el antesclavista *whig*, John Gorham Palfrey, victorioso en las elecciones de noviembre de 1846, perdió en Concord ante el demócrata Frederick Robinson en una votación que terminó en 126 contra 142. Véase Susan Kurland, “«A Political Progress»: Processes of Democratization in Concord, Massachusetts, 1750-1850” (tesis de grado con mención honorífica, Brandeis University, 1973), 220, 250-251.

⁸ Garrison, citado en Johannsen, *To the Halls of Montezumas...*, 275; Gary Scharnhorst, “«Conflict of Laws»: A Lost Essay by Henry Thoreau”, *New England Quarterly* LXI (diciembre de 1988): 569-571; Len Gougeon, *Virtue's Hero: Emerson, Antislavery, and Reform* (Athens: University of Georgia Press, 1990), 118-126; Gilman et al., eds., *Journals and Manuscript...*, IX: 445-447.

⁹ Robert Sattelmeyer, ed., *Journal of Henry D. Thoreau*, vol. 2: 1842-1848 (Princeton: Princeton University Press, 1984), 262-264.

¹⁰ Thoreau, “Resistance to Civil Government”, 67, 84, 89 [Thoreau, “Desobediencia civil”, 51].

¹¹ Thoreau, *Journal*, vol. 2: 262; Scharnhorst, “«Conflict of Laws»”, 570-571.

¹² Alexis de Tocqueville, *Democracy in America*, 2 vols. (Nueva York: Alfred A. Knopf, 1945), I: 180, 2: 114-15, 304 [*La democracia en América*, trad. de Luis R. Cuéllar, 2ª ed. (México: Fondo de Cultura Económica, 2001)].

¹³ Thoreau, “Resistance to Civil Government”, 70, 89 [Thoreau, “Desobediencia civil”, 56].

¹⁴ Gross, “«That Terrible Thoreau»”, 188; Thoreau, “Resistance to Civil Government”, 74.

¹⁵ Ziegler, *Advocates of Peace...*, 63, 69, 101-102; Thoreau, “Resistance to Civil Government”, 69, 70, 89 [Thoreau, “Desobediencia civil”, 36-37]. Los archivos del pueblo de Concord contienen una lista de los votantes elaborada por los concejales para la asamblea del pueblo de noviembre de 1941. Entre los 377 enlistados están los nombres de John Thoreau, John Thoreau jr. y Henry D. Thoreau, junto con R.W. Emerson. Al lado de la mayoría de los nombres está escrita una X, que veo como un indicio de que ellos se habían presentado y emitido su voto. Treinta y ocho individuos no tenían marca junto a sus nombres, entre ellos Henry D. Thoreau. En este entendido, el total de hombres que votaron en la elección de 1841 fue de 339. De acuerdo con las cuentas oficiales, se emitieron 315 votos para gobernador y 320 para senador. Es interesante notar que tres hombres negros —John Garrison, Elisha Garrison y George Dugan— estaban enlistados como votantes, sin que se hiciera referencia a su raza. Véase Concord Archives, Box 14, Oct.-Dec. 1841 folder, CFPL.

¹⁶ Robert A. Gross, “A Majority of One: Counting Consciences in Concord”, en Loretta Valtz Mannucci, ed., *Making, Unmaking and Remaking America: Popular Ideology before the Civil War* (Milán: Istituto di Studi Storici, Università degli Studi di Milano, 1988), 51-62; Thoreau, *The Illustrated Walden*, 72-78 (citas, 75, 77); Thoreau, “Resistance to Civil Government”, 72.

¹⁷ Ralph Waldo Emerson, “The American Scholar”, en *Nature, Addresses, and Lectures*, ed. de Robert E. Spiller y Alexander R. Ferguson (Cambridge, Mass.: Belknap Press of Harvard University Press, 1979), 65; Thoreau, *Walden and Civil Disobedience*, 229 [Thoreau, “Desobediencia civil”, 37-38].

- ¹⁸ Thoreau, "Resistance to Civil Government", 63, 68-69, 87.
- ¹⁹ Robert A. Gross, *The Minutemen and Their World*, 12, 104-108; Gross, "«That Terrible Thoreau»", 186.
- ²⁰ Thoreau, "Resistance to Civil Government", 78, 79, 81 [Thoreau, "Desobediencia civil", 46-47 y 48]; Howe, *Henry David Thoreau...*, 20.
- ²¹ Rush, citado en Gordon S. Wood, *The Creation of the American Republic 1776-1787* (Chapel Hill, N.C.: University of North Carolina Press for the Institute of Early American History and Culture, 1969), 61; Thoreau, "Resistance to Civil Government", 71 [Thoreau, "Desobediencia civil", 38].
- ²² *Ibid*, 66, 73, 76 [*ibid*, 43, 33 y 40]; Howe, *Henry David Thoreau...*, 23-25.
- ²³ Henry D. Thoreau, *Early Essays and Miscellanies*, ed. de Joseph J. Moldenhauer, Edwin Moser y Alexander C. Kern (Princeton: Princeton University Press, 1975), 113.
- ²⁴ Thoreau, "Resistance to Civil Government", 72 [Thoreau, "Desobediencia civil", 40].

OTROS TÍTULOS DE ESTA COLECCIÓN

EDIT ANTAL

*Debates sobre la guerra contra el terrorismo.
Una perspectiva transatlántica*

•

ELAINE LEVINE

*Inserción laboral de migrantes mexicanos
y latinos en Estados Unidos*

•

PAZ CONSUELO MÁRQUEZ-PADILLA

*México y Estados Unidos en el 2000.
Dos elecciones paradigmáticas*

•

RAÚL BENÍTEZ MANAUT

Seguridad hemisférica. Debates y desafíos

•

LUIS ERNESTO DERBEZ BAUTISTA

*La perspectiva mexicana
frente a la seguridad multidimensional*

•

HANS BLIX

*La reforma de las Naciones Unidas
y las perspectivas futuras para el desarme*

•

LEONARDO CURZIO

*La seguridad México-Estados Unidos:
una oportunidad para coincidir*

•

NATTIE GOLUBOV

*La educación superior en Estados Unidos:
claves para una lectura*

Thoreau y la desobediencia civil de Robert Gross, primera reimpresión, se terminó de imprimir en la ciudad de México, en el mes de octubre de 2006, en Litográfica Maico, S.A. de C.V. Se tiraron 1,000 ejemplares. La formación es de Ma. Elena Álvarez Sotelo. La edición estuvo al cuidado de Astrid Velasco y el Departamento de Ediciones del CISAN.

